manuel olimón nolasco

historiador

UMBRAL

MEMORIA Y MISERICORDIA.

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.

De singular belleza fue la celebración que en la basílica de San Pedro presidió el Santo Padre Francisco el 12 de abril, Domingo de la Misericordia.

La sobria linealidad de la liturgia romana en su sede natural y la esplendidez casi sublime de las liturgias orientales, en este día la del rito armenio, fueron cauces de una conmemoración desbordada por el recuerdo de un martirio que la humanidad actual difícilmente tiene en la mente pero que es signo claro de que la muerte no tiene la última palabra a pesar de tantas señales que parecen señalar su triunfo.

Hace cien años la primavera en las llanuras y en las montañas de Armenia se convirtió en crudo invierno al desatarse una crudelísima persecución que trató de borrar la huella cristiana en esa nación, la primera en reconocer su identidad en Cristo en las lejanías del siglo III. Un reportaje firmado por Raft Katchadourian en la revista "The New Yorker" del 5 de enero de este año, es lo mejor que he leído para comprender lo que actualmente puede ser una resurrección en lo que fue un purgatorio a través de la purificación de la memoria del holocausto armenio, llamado por quienes mantienen su recuerdo, "el gran mal". El recorrido de Katchadourian por lugares actualmente en territorio turco o en la restaurada república armena, lo llevó a experiencias de olvido, descuido, de signos discretos de cristianismo--más de una mujer del pueblo le mostró una cruz que escondía en sus ropas--o abiertos, como la construcción de nuevas iglesias, pero no de odio étnico presente. La escena que me pareció señalar la realidad de la misericordia es la referente a las ruinas de una iglesia destruida en 1915 por la furia anticristiana de los "jóvenes turcos": "En la parte interior de la muralla, alguien ordenó en línea algunas piedras. A su lado florecían margaritas con sus tallos dirigidos a lo alto".

Su Santidad unió a la Eucaristía, celebrada bajo el signo del "ecumenismo de la sangre"--pues no todos los masacrados tenían la comunión plena con la Iglesia católica pero sí la confesión de Cristo y la adhesión a los primeros concilios--al recuerdo de ese genocidio, al de los otros perpetrados en el siglo XX y a los actuales actos de odio a la fe en diversos lugares: "Este tiempo [es]como un tiempo de guerra, una tercera guerra mundial por partes...Oímos el grito angustiado y desesperado de muchos hermanos indefensos, que a causa de su fe en Cristo o de su etnia son pública y cruelmente asesinados--decapitados, crucificados, quemados vivos--, o bien obligados a dejar su tierra".

En un mensaje dirigido al pueblo armenio, recordó los esfuerzos de sus predecesores León XIII y Benedicto XV. El primero medió en 1896 para detener "funestos eventos" de persecución y el segundo en una carta al sultán Mahomed V en 1915 le pidió que "se ahorrara tanta sangre inocente" y en el consistorio de diciembre de ese año dijo: "El pueblo armenio es conducido a una muerte miserable". Expresó el Papa Francisco: " Hacer memoria de lo que pasó es deber no sólo para ese pueblo o para la Iglesia católica, sino para toda la familia humana, para que el mensaje que proviene de esta tragedia nos libre de caer en horrores parecidos, que ofenden a Dios y a la familia humana".

Citó a san Gregorio de Narek, proclamado ese día doctor de la Iglesia universal quien oró así: "Acuérdate de quienes, desde el punto de vista humano son nuestros enemigos; para su bien dales perdón y misericordia...¡transfórmalos! Aleja la viciosa conducta terrenal y siembra la bondadosa en mí y en ellos". Y continuó: "Que Dios conceda que se reinicie el camino de la reconciliación entre el pueblo armenio y el turco y que surja la paz...Sólo con este espíritu las nuevas generaciones podrán abrirse a un futuro mejor y el sacrificio de muchos podrá ser semilla de justicia y paz".

Quizá no sabemos que después del "gran mal" 350 armenios llegaron a México y que no pudieron asentarse más a causa de las leyes migratorias de Ortiz Rubio y Abelardo Rodríguez. Un interesante estudio, "Del Ararat al Popocatépetl", de Carlos Antananian los ha rescatado del olvido. Tal vez hemos oído del doctor Sarukhan, distinguido científico, pero difícilmente de Gabriel Babayan, comerciante de La Merced en la Ciudad de México o de Enrique Amparzumian, el más destacado de un grupo de zapateros que culminó sus esfuerzos con "El Taconazo Popis". Del dolor y el exilio, hemos recogido frutos de semillas que no sembramos.

Como miembros de la Iglesia universal esta realidad no puede dejarnos indiferentes. La oración cristiana la guía el Espíritu de Dios y éste "es más grande que nuestro corazón". A la vera de la muralla florecen margaritas con sus tallos hacia el cielo.